

FIESTA PRIVADA

Jami Alden

AFRODISIA

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Private Party
Traducción: Marta García Martínez

- © 2007 Jami Alden. Reservados todos los derechos.
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Marta García Martínez. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2010

ISBN: 978-84-92688-99-9

Depósito Legal: B-10161/10

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Liberduplex S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

1

Julie Driscoll era, sin lugar a dudas, la novia más hermosa que Chris Dennison había visto jamás. El vestido de color marfil sin tirantes dejaba los brazos de la joven al aire y, si cerraba los ojos, Chris podía imaginarse lo sedosa que sería aquella piel bajo las yemas de sus dedos. Aunque el velo le ocultaba la cara, a Chris no le costaba ver en su mente aquellos ojos grandes y de largas pestañas, ojos del color del mar Caribe al amanecer, la nariz pequeña, un poco respingona y los labios rosados y carnosos. Los pechos de la joven henchían con elegancia el corpiño del vestido, aunque con solo verlo al joven ya se le secaba la boca y le sudaban las manos. La falda amplia y ahuecada de su vestido de novia cubría casi por completo el pasillo entero de la catedral Grace de San Francisco y a Chris le recordó a un delicioso merengue, un merengue tentador que lo desafiaba a llevárselo a la boca entero, de un solo y lujurioso lametón.

Chris sintió un nudo en el pecho cuando vio acercarse a la novia y el estómago se le fue encogiendo cada vez más con cada paso que acercaba a Julie al altar. Aquella mujer iba a llegar hasta el final. Chris había tenido dieciocho meses para prepararse mentalmente para aquel momento y, con todo, la realidad lo golpeó como un puñetazo en las tripas. Apretó los puños, respiró hondo para tranquilizarse y se obligó a no dar

JAMI ALDEN

la vuelta y salir corriendo de la iglesia tan deprisa como podía. Había hecho una promesa y, al contrario que algunos hombres de su familia, cuando él daba su palabra, tenía por costumbre cumplirla.

—¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio a este hombre?

Chris observó, con un dolor amargo invadiéndole el estómago, al padre de la joven, Grant, que levantaba el velo y revelaba la sonrisa nerviosa de Julie, una sonrisa que no terminaba de invadirle los ojos.

—Su madre y yo la entregamos —respondió Grant, y Chris contuvo la maldición que clamaba en su cerebro cuando el prometido de Julie, el hermanastro mayor de Chris, Brian, se adelantó para coger la mano temblorosa de su novia.

—¿Pero se puede saber dónde está? Es hora de cortar la tarta.

—Estoy segura de que estará aquí de un momento a otro —Julie Driscoll Dennison intentó tranquilizar a la acelerada organizadora de su boda—. ¿Por qué no le pides a uno de los amigos del novio que mire en el baño mientras yo voy a ver si está en el vestíbulo?

Con franqueza, se diría que Brian ya debería saber a esas alturas que el novio no desaparece en medio del banquete.

—¿Va todo bien? —Wendy, la dama de honor de Julie, se acercó con sigilo para hablar con ella.

—No encuentro a Brian. Supongo que necesitaba un momento a solas.

Wendy alzó una ceja.

—Ya...

Está bien, quizá Brian no fuera el tío más introspectivo del mundo pero, con todo, era el día de su boda. Bien sabía Dios que hasta Julie estaba un poco abrumada con todo aquello.

—Supongo que no lo habrás visto.

Wendy sacudió la cabeza.

—¿Dónde está su hermano? Creí que el trabajo del padrino era vigilar al novio.

—Se fue justo después de hacer su brindis —dijo Julie. La novia sonrió un poco al pensar en el brindis de Chris. Tan ensayado, tan civilizado. Tan poco propio de él. Chris no era un tío que se preocupase mucho por lo que la gente pensase de él, sobre todo no la multitud pomposa y prepotente que se había dignado a asistir a la boda de Julie. El estilo relajado y natural de su cuñado lo hacía destacar entre aquella masa, incluso cuando intentaba encajar.

Al contrario que el de Brian, que podría haber posado para la portada de *GQ*, el cabello castaño oscuro de Chris siempre iba un poco desaliñado, y su cuerpo enorme y musculoso siempre parecía demasiado grande para la ropa que llevaba. Pero había aparecido con un aspecto absolutamente delicioso con el esmoquin que se había puesto para la boda y una camisa blanca que contrastaba de una forma de lo más seductora con su piel, bruniada por el fuerte sol caribeño. Chris siempre había sido guapísimo, con un estilo un tanto tosco, quizá, y había mejorado todavía más en los cinco años que habían pasado desde la última vez que Julie lo había visto.

La novia cerró los ojos e intentó no imaginarse los palmos de bronceados músculos que ocultaba aquel esmoquin. Julie creía haber superado siglos atrás aquel enamoramiento absurdo y adolescente, y desde luego el día de su boda con el hermanastro del objeto de sus deseos no era el mejor momento para resucitarlo.

Julie se dio una bofetada mental; era el día de su boda, por el amor de Dios. Todos aquellos meses de duro trabajo y preparativos al fin daban su fruto y no era el momento de revivir el encaprichamiento, muerto mucho tiempo atrás, por cierto, que había sentido por la oveja negra de la familia de su fabuloso novio.

La novia salió del salón de baile y se abrió camino por el vestíbulo sin dejar de detenerse para intercambiar algunos

JAMI ALDEN

comentarios corteses con cuantos invitados se encontraba. Al acercarse al cuarto de las escobas, oyó un golpe seco tras la puerta cerrada. Después una risita. Y luego un gemido.

Un gemido decididamente masculino.

Con el estómago más o menos a la altura de los tobillos, Julie tuvo un horrible presentimiento; no quería imaginarse lo que iba a encontrar tras la puerta.

—Serás hijo de puta. —Su voz le sonó muy lejana, como si saliera del final de un túnel larguísimo y lleno de ecos.

Cerró los ojos con tanta fuerza que tuvo un calambre en los párpados. Aquello no podía estar pasando. Es que no podía.

Pero allí estaba Brian, inconfundible, inmóvil en pleno embate mientras se follaba a otra mujer contra la pared. La chica la miraba con la boca abierta por encima del hombro de su novio de un modo que habría sido incluso cómico en otras circunstancias.

Julie le lanzó una mirada rápida a la otra mujer. Ah, claro, la encantadora Vanessa, la ayudante que acababa de entrar a trabajar para Brian. A Julie se le había ocurrido en su momento que el contrato de Vanessa tenía más que ver con unas piernas de varios kilómetros y unos pechos exagerados que con sus habilidades como secretaria, y se dio un par de patadas mentales por haber sido tan estúpida y haberle dado a Brian el beneficio de la duda. Pero la última vez que lo había pillado engañándola, su novio había jurado por Dios, sobre la tumba de su abuela y por las llaves de su adorado Ferrari que nunca, jamás de los jamases volvería a ocurrir. Le había prometido que la próxima vez que tuviera relaciones sexuales sería con Julie, en su noche de bodas. Y con los preparativos de la boda en pleno apogeo, había sido más fácil creerle que admitir que estaba a punto de cometer el peor error de su vida.

—Julie, no es nada. No significa nada. —Brian se manoseó con torpeza los pantalones del esmoquin y después se sujetó el fajín cuando los pantalones volvieron a caerle

FIESTA PRIVADA

hasta los tobillos. Vanessa se había bajado la falda y se tiró en plancha a recuperar las bragas, un movimiento que lanzó hacia atrás a Brian, que tropezó con una fregona y un cubo antes de caer de culo encima de Vanessa.

A Julie jamás le habían dado un puñetazo a traición pero se imaginó que la sensación debía de ser muy parecida. Un golpe seco en medio del pecho y la sensación de quedarse sin aire hasta terminar jadeando como una trucha recién pescada. Un dolor que la atravesaba entera, acompañado por el ardor gélido de la humillación. Con todo, la novia intentó no perder el control: no quería que Brian viera que se estaba haciendo añicos por dentro, explotando en un millar de fragmentos diminutos. La mente de Julie trabajaba a mil por hora, intentando encontrar lo más apropiado que se pudiera decir o hacer en una situación como esa. Pero no había forma de barrer aquello bajo la alfombra con un puñado de sutilezas sociales.

Coger el mango de una fregona y meterlo en algún sitio extremadamente doloroso quizá no fuera la mejor respuesta, por atractiva que resultara en ese momento.

—Se supone que tenemos que cortar la tarta —dijo Julie; hasta a ella la frase le sonó absurda.

Aturdida, regresó al salón como pudo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Permitir que la arrastraran hasta el altar como una especie de vaca destinada al sacrificio. La dulce Julie, la perfecta Julie, la que siempre hacía lo que tenía que hacer por sus padres, por su familia, por la empresa. Tan decidida estaba a no armar jaleo por nada que se había negado a admitir la verdad sobre su futuro marido.

Apenas consciente de lo que hacía, Julie abrió de un empujón la puerta del salón de baile del hotel Winston, la joya de la corona del imperio de hoteles de lujo D&D. Su padre, Grant Driscoll, y el padre de Brian, David Dennison, habían adquirido la propiedad no hacía ni dos años. En solo un año estaba haciendo sudar al Fairmont la gota gorda en el mercado de los hoteles de lujo de San Francisco.

JAMI ALDEN

Pero ni siquiera vio el precioso salón de baile recién redecorado con sus sofisticadas arañas de luces y los tapices de seda que transmitían un ambiente de elegancia y lujo antiguo. A Julie le daban igual las decenas de miles de dólares en rosas blancas que adornaban cada una de las setenta mesas que se habían dispuesto para albergar a los invitados a la boda. Ni siquiera le importó chocar con un camarero y que una copa de merlot le salpicara la falda de su vestido de novia de Vera Wang hecho a medida.

Atravesó la multitud sin ver más que el contorno borroso de color carne de los invitados que intentaban estrecharle la mano y besarla en la mejilla para felicitarla. Hizo caso omiso de todos y cada uno y se dirigió al estrado que había en la parte delantera del salón y que en esos momentos ocupaba la orquesta.

Cuando subió el primer escalón la radiante novia sintió una mano firme que le cogía el brazo, pero ni siquiera reconoció a Wendy cuando se desprendió de los dedos de su amiga.

Julie le hizo una seña a la orquesta para que parara, cogió el micrófono y lo bajó hasta que lo tuvo a la altura de la boca. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba temblando. No era un simple temblor de manos sino un auténtico terremoto por todo el cuerpo. Se quedó mirando una multitud que representaba a la flor y nata de la sociedad de San Francisco. Por el rabillo del ojo vio al alcalde tirándole los trastos a una de sus primas. Los socios de su padre, los concejales de la ciudad y los ricos financieros y sus esposas; todos la miraban con actitud expectante.

Julie se humedeció los labios y apretó al micrófono. Se le quedaron los nudillos blancos cuando se aferró al micro como si fuera un salvavidas. Miró a su derecha y se le encogió el estómago cuando dos camareros entraron con el carrito que llevaba la tarta de bodas de cinco pisos, de chocolate y fram-buesas con glaseado de vainilla, y la colocaron a su lado.

FIESTA PRIVADA

—¿Pueden prestarme atención, por favor?

La petición era innecesaria, todo el mundo se la había quedado mirando con la boca ligeramente abierta.

—Les agradezco que hayan venido para celebrar lo que se suponía que iba a ser el día más especial de mi vida. —La inundó una sensación vaga, como si abandonara su propio cuerpo y pudiera verse desde el otro extremo de la sala. ¿Qué iba a decir a continuación la pequeña novia psicópata?—. Por desgracia, ese día tan especial lo ha arruinado el hecho de que mi marido —Julie señaló con un gesto la parte posterior del salón, donde Brian luchaba por abrirse camino entre la multitud— decidiera que su banquete de boda era el sitio perfecto para follarse a su nueva ayudante.

Un coro de gritos ahogados y murmullos se alzó entre la multitud y lo puso todo en perspectiva de repente. La gente se quedó mirando con la boca abierta y los ojos casi salidos de las órbitas mientras estiraba el cuello para ver al novio descarriado.

—Así que, si bien les ruego que sigan disfrutando de la fiesta, yo creo que voy a dar la noche por terminada. —Se recogió la falda entera y apenas había conseguido llegar al borde del escenario cuando Brian la alcanzó al fin.

—Julie, lo siento, por favor, tienes que escucharme. —Brian se había peinado y se había estirado el esmoquin, y una vez más era la encarnación de la masculinidad impecable. La cogió por los brazos con tanta fuerza que Julie supo que le quedarían marcas y después le dijo con tono suplicante—: Soy adicto al sexo. Es una enfermedad. No puedo evitarlo, Jules...

Jules se deshizo de las manos de su novio de un tirón y una oleada de rabia la sacó de repente de su estado de *shock*. Esa era la clase de excusa que se le tenía que ocurrir a Brian: algo que lo absolvía a él de toda responsabilidad personal y suscitaba comprensión en lugar de censura. Julie se puso tan furiosa en un momento que temió que la cabeza le estallara en llamas.

—¿Adicto? —chilló—. ¡Pues para ser un adicto no has tenido mayores problemas para no ponerme ni un dedo encima a mí!

Brian se acercó a ella con gesto decidido pero Julie se apartó e intentó rodearlo.

—¿Tengo yo la culpa de querer evitar un caso permanente de congelación? —murmuró Brian en voz tan baja que solo ella pudo oírlo. De cara a la multitud se explayó un poco más—: ¿Cómo puedes darme la espalda así cuando necesito tu apoyo?

Todos los ojos se habían clavado en el drama que se desarrollaba sobre el escenario.

—Apártate de mi camino, Brian. —Julie tenía que salir de aquel salón, tenía que alejarse de todos y de todo lo que la había obligado a someterse a aquella humillación pública.

Brian se movió otra vez para cogerla, Julie estiró el brazo hacia atrás por instinto y sus dedos entraron en contacto con la superficie cremosa de la tarta. Se giró un poco y cogió el piso superior del pastel, bastante pesado, por cierto. Después hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y estrelló la tarta contra el rostro conmocionado de Brian.

—Quizá quieras subirte la cremallera de paso —se burló la novia.

Tras lo cual, Julianna Driscoll, su alteza serenísima la princesa del imperio hotelero D&D, cuadró los hombros, levantó la barbilla con arrogancia y sacó su persona, manchada de vino y tarta y totalmente enfurecida, del salón del banquete.